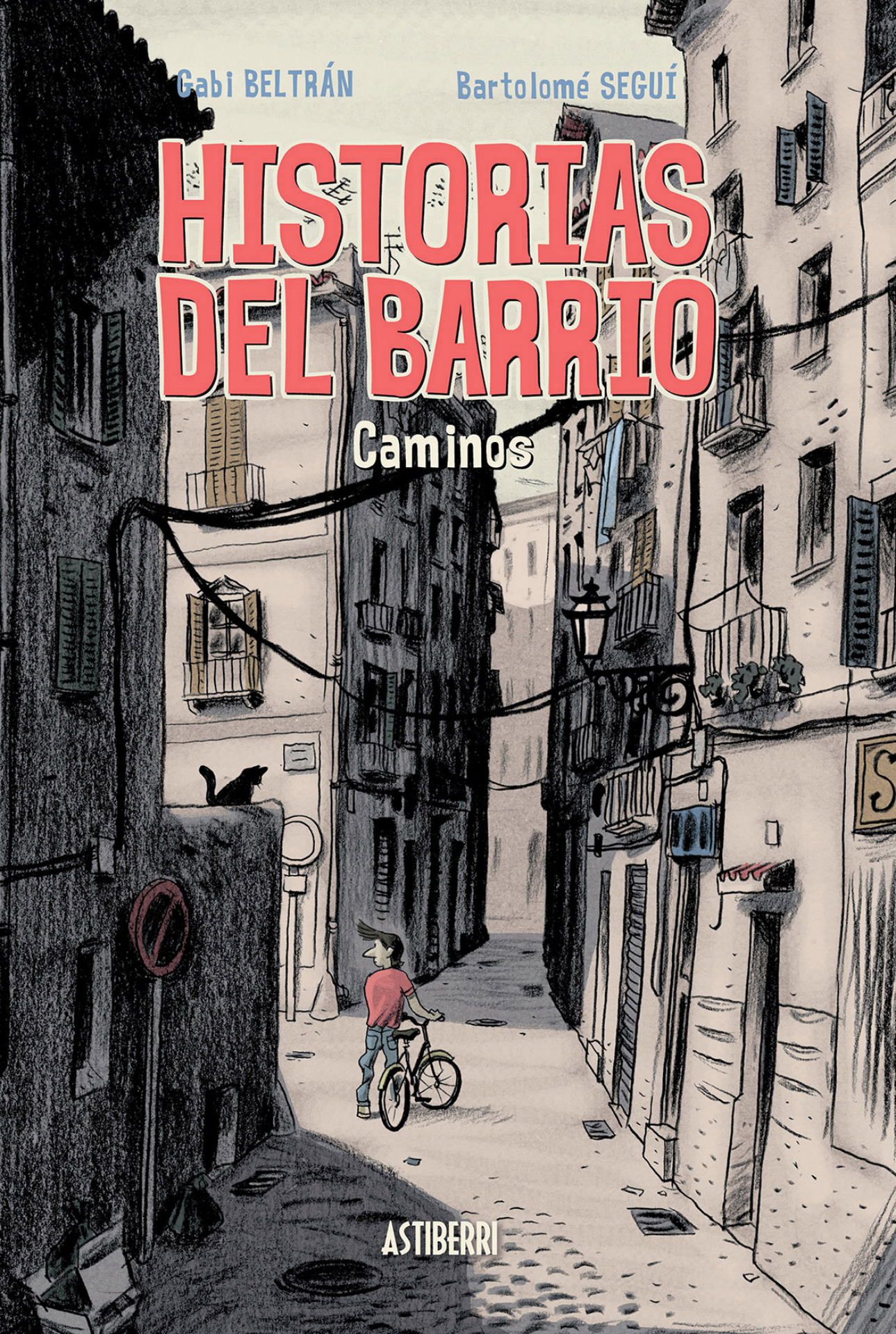


Gabi BELTRÁN

Bartolomé SEGUÍ

# HISTORIAS DEL BARRIO

Caminos



ASTIBERRI



***Muletas***

Mi abuela tenía los ojos azules, la piel suave, y todo el dolor del mundo repartido entre sus huesos.

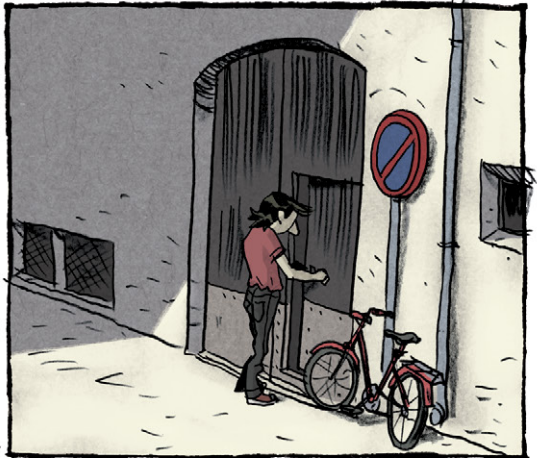
También tenía un armario enorme que crujía en mitad de la noche. Un armario que albergaba todos mis miedos.



Mi abuela había nacido en 1909, y ya desde muy pequeña no hizo otra cosa que caerse. Sus rodillas eran de cristal, como su mirada, que era transparente y limpia.



Una tarde sus muletas le jugaron una mala pasada.



Ese día empecé a aprender lo que era la dignidad.



Ni siquiera intenté levantarla: sabía que no podría. Mi abuela era alta y gruesa como un roble.





Hice lo que me pidió.  
Tardó más de diez  
minutos en lograr  
incorporarse.



Luego se sentó  
en el sillón...



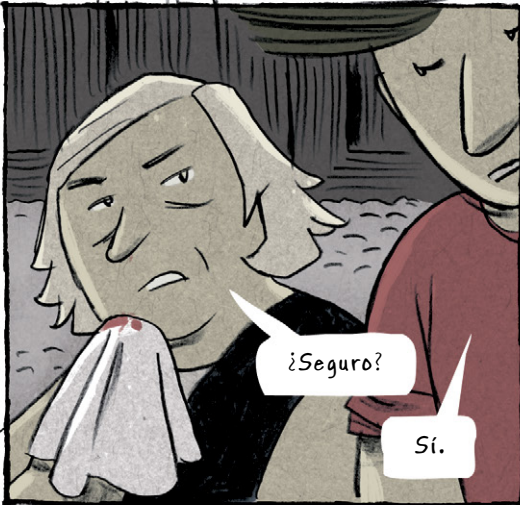
...y se echó a reír.

¡Jajajaja! ¡Quién  
te ha visto y  
quién te ve!  
¿Eh, Francisca?



3

Volví con los pañuelos. Mi abuela se enjugó la sangre.



Cumplí con mi palabra. Entendí que, a veces, uno ha de caer solo y levantarse de la misma forma...



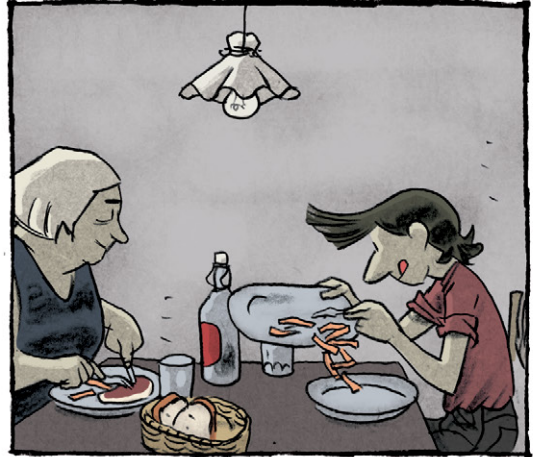
Aunque  
aquella  
noche fui  
varias  
veces a  
su cuarto  
para  
comprobar  
que todo  
segua  
bien.



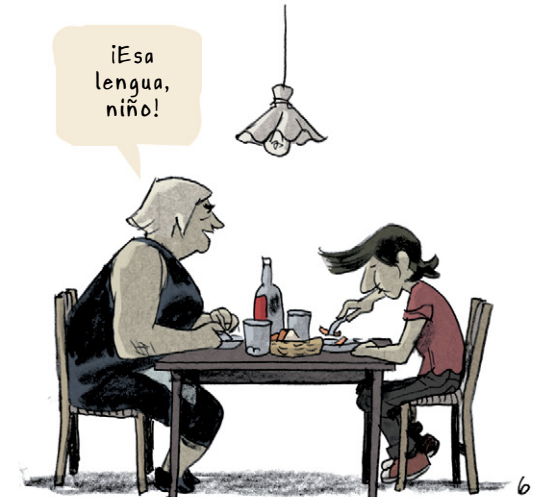
5



No eran crujientes y rezumaban aceite, pero sabían a vida.

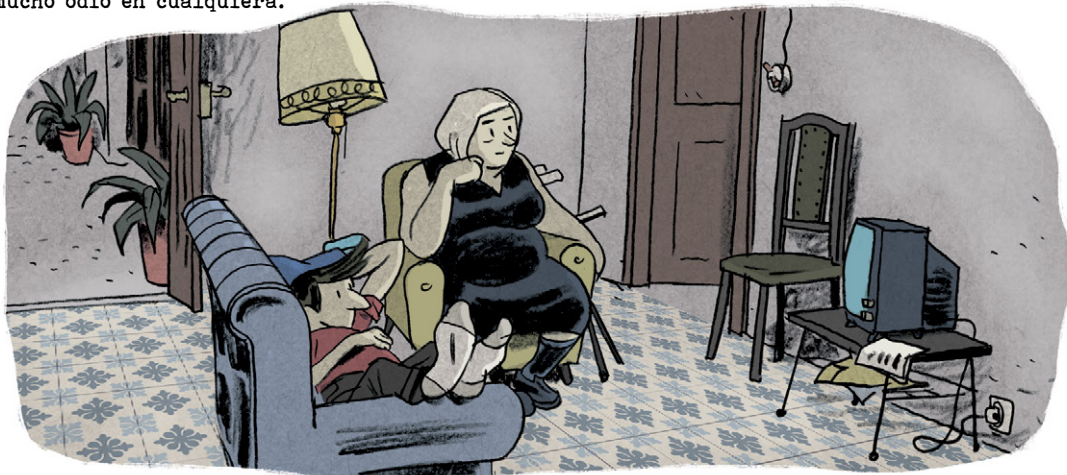


Adoraba aquellas patatas.





Mi abuela era pobre. Todo el mundo lo era. Setenta años de vida siendo pobre pueden engendrar mucho odio en cualquiera.



Pero no en mi abuela.



Aunque antes debían asegurarse de que Dios habitaba aquellas casas.



Pues mire, vamos tirando. Las rodillas, ya sabe...

Ay, Francisca... Dios nos manda lo que nos manda, ¿verdad?

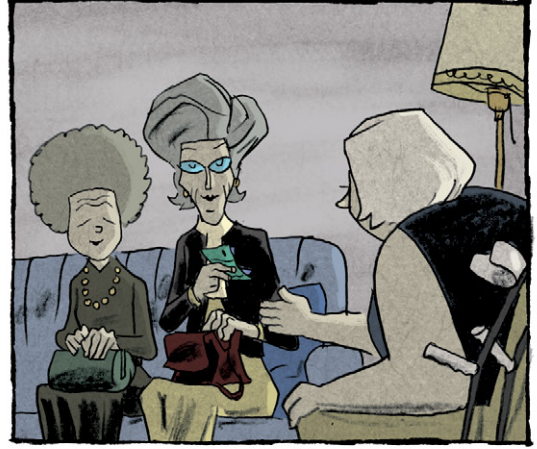


8



Asistí a aquella conversación lleno de rabia.

Me sentía avergonzado de mi abuela; de que se rebajase hasta ese punto por 1.500 pesetas.



Ella lo notó.

Y me dio una nueva lección.



Elas creen en Dios; yo creo en Dios. Pero su Dios y el mío no son el mismo.



El suyo tiene dinero.





10

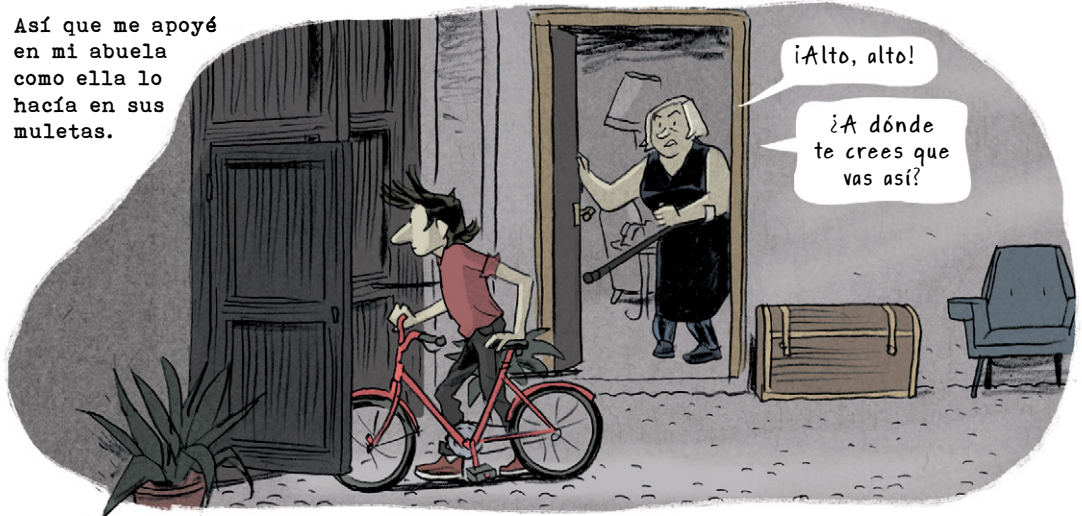


19

En aquella casa encontré mi particular oasis. Me sentía querido y respetado.



Así que me apoyé en mi abuela como ella lo hacía en sus muletas.



He quedado con un amigo.

¡Ni hablar! Tú no sales así a la calle.



Hace tres días que llevas la misma camiseta. ¿Y has visto esos pelos?

Anda, ven para acá.





Tras lavarme la cabeza y obligarme a cambiar de camiseta vino lo peor: aquella horrible colonia que me hacía oler como si no hubiese roto un plato en mi vida.





Le había dicho a mi abuela que había quedado con un amigo. En realidad no era así.



O quizás sí.



Solía hacer eso: buscar lugares abandonados en los que sentarme a leer.

Si no había nadie a mi alrededor, pensaba, nadie podría hacerme daño.



Pero uno nunca está solo del todo.



Uno está siempre con uno.



Y no hay nadie que pueda hacerte más daño que quien conoce hasta el más profundo de tus miedos.



14









Por muy fuerte que sea uno, tarde o temprano acaba necesitando muletas. Aunque éstas, de vez en cuando, te jueguen malas pasadas.



